

Un tiempo sin espacio y un espacio sin tiempo

La migración de colombianos hacia los Estados Unidos*

Yo creo que al colombiano lo identifica esa capacidad para sobrevivir... es de esos que afronta las cosas más difíciles: al colombiano lo ve uno desplazado por la violencia, por la pobreza... y sobrevive, y como que nunca se rinde.

Testimonio de colombiano residente en Estados Unidos

A TIME WITHOUT SPACE AND A SPACE WITHOUT TIME COLOMBIAN IMMIGRATION TO THE US

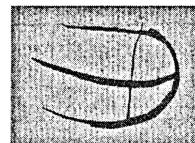
This article attempts to study the experience of Colombian immigrants to foreign countries, specially to the US, the destiny of the majority of Colombian immigrants, as a way of approaching our "Colombianity". The search for new life perspectives, the desire to improve economic well-being, to flee from the chaos of a country in constant conflict, at the same time is a search for the reconstruction of a fragile identity threatened by adverse circumstances. In this context, and paradoxically, violence teaches us to value essential aspects of life such as family, liberty, creativity and solidarity. In fact, violence cries out for the reappraisal of certain aspects of Colombian identity that bear upon coexistence.

UN TEMPS HORS ESPACE ET UN ESPACE HORS TEMPS LA MIGRATION DE COLOMBIENS VERS LES ÉTATS UNIS

Afin de se rapprocher en quelque sorte de notre "colombianité", cette enquête prétend étudier l'expérience du migrant colombien en direction principalement des Etats-Unis, sa destination de prédilection. La recherche de nouvelles perspectives de vie, le désir d'améliorer les conditions économiques et de fuir l'angoisse d'un pays en conflit continu, se font simultanément avec la recherche d'une reconfiguration de l'identité fragilisée par des circonstances adverses. Dans ce contexte, paradoxalement, la violence enseigne la valorisation des aspects essentiels de la vie comme la famille, la liberté, la créativité et la solidarité. De fait, la violence est une mise en garde afin que soit reconstruites les aspects de l'identité colombienne qui affectent les aspects de la vie en commun.

UN TIEMPO SIN ESPACIO Y UN ESPACIO SIN TIEMPO LA MIGRACIÓN DE COLOMBIANOS HACIA LOS ESTADOS UNIDOS

En esta investigación se pretende estudiar la experiencia del migrante colombiano en el exterior, particularmente en los Estados Unidos, el país de destino de la mayor parte de los migrantes colombianos, como una manera de aproximarse a nuestra "colombianidad". La búsqueda de nuevas perspectivas de vida, el deseo de mejorar las condiciones económicas, huir de la zozobra de un país en constante conflicto, es a la vez la búsqueda de una reconfiguración de la identidad ante la fragilidad frente a circunstancias adversas. En ese contexto, y de manera paradójica, la violencia enseña a valorar aspectos esenciales de la vida como la familia, la libertad, la creatividad y la solidaridad. De hecho, la violencia es un llamado a gritos para que sean reconsiderados aspectos de la identidad colombiana que están afectando la convivencia.



s una procesión silenciosa pero continua y progresiva. *Sotto voce* se sabe de dónde salen, pero poco se sabe a dónde llegan. Se desconoce su identidad, pero también se sabe que tienen muy diversos orígenes, edades y quehaceres. Muchos de ellos no saben a qué se van a enfrentar; sólo saben que es un camino sin pasaje de regreso a un lugar sin tiempo definido, a miles de kilómetros de sus afectos, de sus recuerdos más íntimos, de su cotidianidad más cercana. Muchos de ellos se resisten a echarle tierra a su manera de nombrar las cosas, a la forma de concebir el amor, de relacionarse con sus congéneres, a los placeres y secretos de su culinaria, a la belleza de esta naturaleza; en síntesis, se resisten a echarle tierra a la memoria.

Ser colombiano es un acto de fe, como dijo Borges, y podría agregarse que también de amor, es la afectuosidad manifestada, la fiesta cotidiana, la hospitalidad, la imprevisibilidad, la espontaneidad, la tomadura de pelo, es el "¿qué se le ofrece?", "con mucho gusto", "a la orden". Pero serlo es también casi un acto de heroísmo, porque se vive y se sobrevive en medio de la histeria colectiva de la gran ciudad, la sorpresa casi cotidiana que asalta a la vuelta de la esquina, la paranoíta permanente, la demencia de la guerra, el señalamiento constante que viene del exterior. Por eso ser colombiano también es el dolor de patria que desgarra y exilia, que duele, que pesa. Es en esencia la tragedia y la comedia vividas en simultánea, esa facilidad para pasar de la risa a la tristeza en el ahora, sin antecedentes ni protocolos.

* Agradezco a Colciencias por la financiación de la primera fase de esta investigación dentro del programa para Jóvenes Investigadores del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, 1998. Así mismo, expreso mi agradecimiento al profesor Alejandro Portes de la Universidad de Princeton, por vincularme a su investigación sobre la formación de comunidades transnacionales, lo que contribuyó a la realización de este artículo al desplazarme al departamento del Risaralda para desarrollar allí parte de este trabajo. Gracias también a Sonia Ospina, en New York University (NYU), por haberme facilitado documentos de su archivo personal, e igualmente a Christopher Mitchell, del Departamento de Ciencia Política de New York University y a Juan Tokatlian por su apoyo y orientación inicial. Al politólogo Bill Ulrey, Cheff of Staff del Congresista de New Jersey Bob Franks, y a su familia por su acogida y valiosa colaboración.

Tras abordar de manera panorámica la relevancia del tema de la migración, en este artículo se realizará un recuento histórico y teórico para después analizar la composición del migrante colombiano: quién es en términos demográficos, cuál es su nivel educativo, económico, su conducta y las prácticas que más lo conectan con la realidad colombiana, su grado de organización como colectividad y su papel político. Finalmente se tratarán determinadas características del migrante colombiano que saltan a la vista en un país extraño y se relacionan clara y directamente con la experiencia de su identidad, su "colombianidad".

Colombia es un país en constante movilidad poblacional tanto interna como externa. A los flujos migratorios han contribuido procesos que vienen de mucho tiempo atrás. En la segunda mitad del siglo XX han sido importantes causas de la migración interna, desde las zonas rurales a los centros urbanos, la violencia política de los años cincuenta, lo cual se asoció al proceso de industrialización; el cultivo de drogas ilícitas iniciado en los años setenta, que llevó a la colonización de zonas aisladas en regiones como el sur y el oriente de Colombia; y, finalmente, en la década de los noventa, ante una situación económica cada vez más aguda, la violencia y la inseguridad continuaron generando cada día más desplazados internos.

En el mismo período, las principales causas de la migración hacia el exterior han sido la bonanza petrolera que vivió Venezuela a partir de la década de los setenta (años 1973-1974) hasta mediados de los años ochenta; la consolidación de redes internacionales del narcotráfico particularmente en los años ochenta, y la cada vez mayor transnacionalización de dicho tráfico¹; el incremento de la inseguridad y la violencia (secuestros, extorsiones, robos, amenazas, asesinatos) y, finalmente, el proceso de globalización y apertura económica que contribuye a incrementar los flujos migratorios internacionales.

Si se tienen en cuenta procesos como los mencionados, y tantos otros más específicos, la historia de Colombia se puede leer también en términos de su movilidad poblacional. En esa medida, el estudio de la migración y el enfoque en los desplazamientos hacia el exterior puede aportar elementos para entender procesos históricos, tales como el conflicto político interno, la concepción de ciudadanía, la formación del Estado-nación, la conformación y caracterización de la identidad nacional, entre otros. De hecho, pese a que los movimientos migratorios colombianos hacia el exterior han ocurrido de manera continua y silenciosa, su dinámica es mayor que la de la mayoría de los países de América Latina².

A pesar de su dimensión, es escasa la investigación que se ha realizado en Colombia sobre la migración, en su dimensión teórica y tam-

bien a nivel empírico, sobre todo respecto a la migración internacional, y más aún la de los últimos diez años. En particular, el estudio de los migrantes a los Estados Unidos ha sido prácticamente inexistente en la última década.

Tampoco se ha explorado el estudio de la migración desde la identidad. Los trabajos realizados sobre identidad son usualmente de corte antropológico y se refieren generalmente a comunidades específicas dentro del territorio nacional, mas no respecto a la "colombianidad" a nivel global, y mucho menos en relación con el fenómeno migratorio como tal.

Las nuevas condiciones actuales de un mundo globalizado ameritan tratar esta temática, ya que el migrante se ha vuelto protagonista de interesantes procesos sociales, políticos, económicos y culturales tanto en el país de llegada como en relación con el país de origen. Esto, debido a que el proceso de globalización en sí ha dado lugar a una mayor movilidad del capital y de la fuerza laboral y, por tanto, a mayores flujos migratorios³. Pero también la migración se ha generado como manifestación de resistencia contra los efectos desequilibradores de la globalización del capital. Es decir, ante el incremento de las desigualdades sociales y, por consiguiente, de la pobreza, se busca mejorar las condiciones de vida emigrando a un país que ofrece mejores oportunidades.

Cabe resaltar que el proceso de globalización demanda de los países la formulación de políticas tendientes a regular los flujos de migrantes, a asegurar la convivencia, así como a fortalecer procesos de construcción de ciudadanía. La eficacia de dichas políticas sólo es posible a partir del conocimiento científico de estos fenómenos.

UN BREVE RECUENTO HISTÓRICO

Desde la segunda mitad del siglo XX, América Latina comienza a experimentar un proceso de redistribución de la población con desplazamientos rurales hacia los centros urbanos, proceso que va a desbordar las fronteras nacionales para adquirir posteriormente dimensiones internacionales⁴. Dentro de este contexto, Colombia empieza a distinguirse como país de emigrantes.

En los años sesenta se produce un importante flujo de migración de colombianos hacia Estados Unidos compuesto por profesionales y personal calificado, específicamente hacia Nueva York⁵.

La década de los setenta significó también para el país un incremento relevante del flujo migratorio hacia Venezuela. El país vecino atraviesa en ese momento una situación singular: el boom petrolero que generó altos ingresos para ese país.

¹ Cabe decir que el narcotráfico ha fomentado el flujo de pasajeros colombianos, antes que el flujo de migrantes colombianos. Es decir, personas que se desplazan por un corto tiempo sin llegar a radicarse en el extranjero. Acerca de los efectos del narcotráfico sobre los procesos organizativos de los colombianos migrantes, véase, Juan Gabriel Tokatlán, *Colombia y Estados Unidos. Problemas y perspectivas*, Bogotá: TM Editores-Colciencias-IEPRI, abril de 1998, pág. 56.

² "Se estima que el número de colombianos en el exterior ha crecido de manera continua a una tasa estable de alrededor del 5.5% anual, una cifra considerablemente más alta que el aumento general de la población", Efraín Pachón, *El dólar de los emigrantes*, Diario *El Espectador*, Bogotá: agosto 15 de 1999, pág. 38.

³ En un día promedio, más de siete millones de personas en el mundo cruzan las fronteras nacionales por avión, tren, carro o a pie. Sohn y Buergenthal, 1992, citado por Boaventura de Souza Santos, *La globalización del derecho*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-ILSA, 1998, pág. 115.

⁴ Cfr. Lelio Mármore, *El desarrollo de la política de migraciones laborales en Colombia*, en *Migraciones laborales*, núm. 1, Bogotá: Proyecto PNUD-OIT Col 72-027, 1979.

⁵ Cfr. Ramiro Cardona, *La migración de colombianos a Nueva York*, Bogotá: CCRP, 1980.

⁶ Cfr. Fernando Urrea, *Evolución y caracterización socio-demográfica y socio-económica de la migración colombiana hacia Venezuela en un contexto comparativo*, en Gabriel Bidegain (comp.), *Las migraciones laborales colombo-venezolanas*, Caracas: ILDIS-UCAB-Nueva Sociedad, 1987, pág. 39.

⁷ Sobre el influjo de la globalización en los movimientos migratorios, véanse Anna Zlotnik, *International Migration Review 1987*; Alejandro Portes, *Transnational Communities: Their Emergence and Significance in the Contemporary World System*, Keynote delivered at the 19th Annual Conference on the Political Economy of the World-System: Latin America in the World-Economy, North-South Center at the University of Miami, April 1995; Alejandro Portes y Sensenbrenner J., *Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action*, University of Chicago, AJS Volume 98, Number 6, May 1993.

⁸ El Ministerio de Relaciones Exteriores estimó en 1.4 millones los colombianos establecidos en Estados Unidos en 1997.

⁹ Revista *Cambio*, Bogotá: abril 26 de 1999, pág. 13.

¹⁰ Diario *El Tiempo*, Bogotá: abril 25 de 1999, pág. 10A.

¹¹ Es tal, que hace cerca de tres años la empresa aérea AVIANCA decidió instalar allí la ruta Pereira-Nueva York, a pesar de ser una ciudad intermedia.

¹² El sellamiento de casas que quedaron muy averiadas por el movimiento sísmico y el creciente desempleo, fueron las principales causas de la emigración.

¹³ Diario *El Espectador*, Bogotá: agosto 15 de 1999, pág. 3B.

¹⁴ Colombia se encuentra dentro de la categoría de países de alta migración internacional, junto con República Dominicana, el Salvador y Cuba. Véase Luis E. Guarido y Arturo Ignacio Sánchez, *Migración colombiana a los Estados Unidos: transterritorialización de la participación política y socioeconómica*. Este artículo hace parte de la investigación sobre comunidades transnacionales, dirigida por Alejandro Portes, 1997.

¹⁵ María Mercedes Cuéllar de Martínez, *Valores y capital social en Colombia*, Corporación Porvenir y Universidad Externado de Colombia, citado por Mauricio Rubio en *Los costos de la violencia en Colombia*, Documento CEDE núm. 9710, Universidad de los Andes, diciembre de 1997.

Durante la década de los ochenta, al desmejorar de manera drástica la situación económica venezolana y producirse la caída del bolívar con la devaluación de febrero de 1984, el flujo de migrantes hacia el país vecino disminuyó radicalmente. Para 1986⁶, la participación de la población colombiana sobre el total de población extranjera en Venezuela llega a menos del 50% con respecto a la anteriormente existente. La situación económica ecuatoriana es similar aunque no tan acentuada, por lo que también disminuye el flujo de colombianos hacia ese país. El cultivo de drogas ilícitas, ya iniciado en la década de los setenta, va a fortalecer procesos de colonización y, por tanto, de migración interna. Estados Unidos y en menor medida otros países, particularmente los europeos, experimentan un incremento importante de la migración colombiana cada vez en aumento.

A partir de 1990, empieza una modesta recuperación para los casos de Venezuela y Ecuador. Pero, comparativamente, Estados Unidos se va constituyendo en el país con mayor flujo migratorio procedente de Colombia. Dicho aumento en el número de migrantes obedece a la situación de violencia e inseguridad crecientes, unida a procesos económico-políticos como la globalización y la apertura económica que incrementan las migraciones internacionales⁷, ya sea como parte del proceso globalizador o como manifestación de resistencia a sus efectos desequilibradores. Es así como la población tiende a ser cada vez más variada, procedente de muy distintas regiones del país, diversos niveles socioeconómicos y con diferentes necesidades e intereses. Hoy día, unida a tales causas está la aguda situación de crisis económica que atraviesa el país, por lo que de manera cada vez más creciente los colombianos están emigrando.

En la actualidad no existen estadísticas muy certeras acerca del cálculo de colombianos en el exterior, porque muchos de ellos no aparecen en los registros regulares. Sin embargo, el Ministerio de Relaciones Exteriores sostiene que son más de tres millones los nacionales que viven en el exterior. De ellos, la mitad vive en los Estados Unidos⁸.

Entre 1996 y 1999, según los registros de la División de Extranjería del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, 2'605.000 colombianos

salieron del país, de los cuales regresaron 565.000. Solamente en 1998 salieron del país 1'093.147 colombianos, de los cuales 494.356 se dirigieron a los Estados Unidos. Muy probablemente la cifra es mayor contando con los ilegales. Lo cierto es que en 1999 las cifras se dispararon: de cada cinco colombianos que han salido del país, uno no ha regresado. Según funcionarios de la División de Pasaportes de la Cancillería, las solicitudes diarias se triplicaron en 1999⁹. En la embajada de Estados Unidos en Bogotá se presentó un incremento del 27% en la solicitud de todo tipo de visas durante el primer semestre de 1999. Las solicitudes de visa de inversionista para los Estados Unidos aumentaron en un 50% en los primeros cuatro meses del año en relación con el mismo período en 1998¹⁰.

Hoy día, Nueva York y Miami son las ciudades que más colombianos reciben, de los 2.375 que salen a diario legalmente, y de los cuales una gran cantidad no retorna, según el DAS.

En los últimos años Pereira se ha constituido en la zona que más emigrantes expulsa¹¹. De hecho, entre los colombianos que partieron entre 1996 y 1999, los de Pereira representan el 21%. El sismo de la zona cafetera ocurrido a principios de 1999 aumentó de manera muy considerable el número de emigrantes a Estados Unidos, y Pereira fue el punto de salida de un buen número de ellos¹².

El número es mayor si se tiene en cuenta al emigrante ilegal. Pereira es la ciudad que hoy día expide diariamente más pasaportes, según los registros del DAS. Casi podría decirse que los habitantes de Pereira tienen por lo menos un familiar de sangre en primer grado viviendo en Estados Unidos.

Los últimos registros indican que "entre el 8% y el 10% de los colombianos vive fuera del país, esto es, unos cuatro millones"¹³, cifra muy alta si se compara con otros países¹⁴. En la actualidad, cada vez más hogares colombianos tienen un familiar que vive temporal o indefinidamente en el exterior, particularmente en Estados Unidos. Una investigación señala que el 39% de los colombianos cuenta con un familiar radicado en el exterior¹⁵. En efecto, según las cifras el Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, cada día salen 2.375 compatriotas, siendo Estados Unidos, España, Canadá y Costa Rica los más importantes destinos. Si se mantiene la tendencia actual, en tres



años la colonia colombiana se convertiría en la más numerosa, de acuerdo con cifras de la Universidad de la Florida.

Un sondeo realizado en 1999 por el diario *El Tiempo* y la cadena de noticias RCN en distintas ciudades del país reportó que el 51,6% de la población entrevistada ha contemplado la posibilidad de irse del país.

A su vez, sólo recientemente las políticas del Estado colombiano se han enfocado hacia sus migrantes. La promulgación de la Constitución de 1991 y la crítica situación de los presos colombianos en países como Estados Unidos, México, España y Panamá, entre otros, forzaron al gobierno colombiano a adelantar políticas y programas frente a aquellos. Se estableció la doble nacionalidad¹⁶, se firmaron acuerdos bilaterales (con México y Panamá durante el gobierno de Samper para repatriar presos colombianos) y se incrementó la actividad consular. Sin embargo, han sido políticas focalizadas hacia determinados sectores, principalmente los colombianos recluidos¹⁷.

UNA CIENCIA NUEVA PARA UN FENÓMENO MUY ANTIGUO

La migración es un fenómeno tan antiguo como el hombre mismo, pero se ha constituido en un tema relativamente reciente dentro de las ciencias sociales. Inicialmente el fenómeno migratorio se ha tratado desde una perspectiva demografista, cuya contribución es importante pese a que parte del aspecto cuantitativo del fenómeno. Aunque la migración no se ha explorado en toda su dimensión, el tema tiene la virtud de que atraviesa distintas disciplinas del conocimiento.

Una visión general de los estudios realizados sobre migración muestra que algunos teóricos de los movimientos sociales migratorios, principalmente de las escuelas norteamericanas¹⁸, han caído en conceptos generalizadores cuando se refieren a la migración. Por ejemplo, la idea de que la migración se mueve por "el deseo de superarse en todos los aspectos materiales" diluye otras especificidades del fenómeno¹⁹. En ese sentido, los estudios sobre las migraciones internacionales han puesto un especial énfasis en las causas o móviles que inducen a las poblaciones a emigrar.

La conceptualización sobre migración que aquí se propone es producto de una simbiosis entre la definición demografista y la antropológica de Eduardo Sandoval. Se entenderá el concepto de migración como el desplazamiento territorial de población —desde su lugar de origen dentro de unas condiciones históricas específicas— a otro lugar "por lapsos de tiempo suficientes como para desarrollar todas las actividades de la vida cotidiana en el nuevo hábitat, ya sea que (los migrantes) se encuentren legalmente o no en el nuevo entorno"²⁰.

Existen otras dimensiones del fenómeno migratorio que no se reducen a las condiciones económicas precarias del migrante, al contexto político, histórico, las condiciones geográficas y las características personales del individuo, sino que albergan otros aspectos como inconformismos y presiones sociales, la condición de ciudadano de un país, los imaginarios colectivos, el sentido de pertenencia a una nación y a una cultura. Teniendo en cuenta todo lo anterior, una perspectiva interesante para el estudio de la migración que no ha sido explorada en Colombia se vislumbra desde la identidad nacional.

En primera instancia, cabe destacar el eurocentrismo que ha caracterizado a las investigaciones y estudios sobre el tema, que desconoce elementos propios de otras realidades y latitudes también válidos a la hora de examinar asuntos como la identidad. Así mismo, un aspecto más que vale resaltar en relación con dichas investigaciones es la ausencia del aporte empírico y la preeminencia del nivel teórico.

Tres autores actuales, Jussi Pakkasvirta²¹, Craig Calhoun²² y Eric Hobsbawm²³ coinciden en afirmar que la tradición teórica tendiente a tratar la identidad, el nacionalismo y términos afines, resulta en general tremadamente dispersa, difusa y también, en gran medida, poco explorada.

La noción de identidad que aquí se asume está basada en el enfoque de Eric Hobsbawm para quien las personas *optan* por pertenecer a un grupo de identidad pero, citando a Orlando Patterson, "se trata de una elección basada en la *creencia*, firmemente mantenida aunque difícilmente admisible desde el punto de vista de la razón, de que el individuo no tiene otra alternativa que la de pertenecer a ese grupo específico"²⁴. Como Hobsbawm sostiene, la identidad colectiva es "un *sentimiento* de pertenecer a un grupo primario".

Con base en dicha concepción, lo que se pretende mostrar a lo largo de este trabajo es que quien emigra usualmente experimenta una concientización de su identidad. De ahí que el migrante genere una serie de actividades y prácticas identitarias que incluso en el país de origen no realizaba²⁵.

El estudio de los migrantes —particularmente a los Estados Unidos— ha sido inexistente en la última década, y los pocos que se han realizado tienen origen en esa nación. Es el caso de las investigaciones de Sonia Ospina y Amparo Hofmann sobre las características y necesidades de la población colombiana en Nueva York y Nueva Jersey. Para ello se configuró una encuesta con el auspicio de la Universidad de Nueva York. De otro lado, la investigación dirigida por Alejandro Portes en Princeton University sobre la formación de comunidades transnacionales tiene como uno de

¹⁶ Cfr. *La nacionalidad en Colombia. Todo sobre la ley que facultó la doble nacionalidad*, Ministerio de Relaciones Exteriores, República de Colombia, 1994.

¹⁷ Se estima, según cifras de la División de Extranjería del DAS, que el número de presos colombianos en el exterior sobrepasó los 14.000 en febrero de 1999.

¹⁸ Véase Alcides Gómez y Julio Mora, *Sobre la conceptualización de las migraciones*, 1978. Documento inédito

¹⁹ "Acaso la mano de obra esclava, que cruzara el océano desde África a partir del siglo xvii, con destino a las colonias americanas, vino 'movida por el deseo de superarse en todos los aspectos materiales' tal como lo suponen los teóricos ortodoxos de los movimientos sociales migratorios?", en Luz Marina Díaz y Alcides Gómez, *El estado del conocimiento sobre las migraciones laborales*, en *Lecturas de Economía*, núm. 29, mayo-agosto, 1989, pág. 9.

²⁰ Eduardo Sandoval Forero, *Migración e identidad*, México: Universidad Autónoma del Estado de México, 1993.

²¹ Jussi Pakkasvirta, *Historias del Nacionalismo*, S.I., 1997.

²² Craig Calhoun, *Nacionalismo*, University of Minnesota Press, 1997.

²³ Eric Hobsbawm, *La izquierda y las políticas de identidad*, en *El Viejo Topo* núm. 107, 1997.

²⁴ Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 24.

²⁵ Contrariamente a la argumentación de Rogers Brubaker, en el sentido de que la sola presencia en el territorio hace al individuo un proveedor de recursos y un sujeto de demandas al Estado, en tanto que en su ausencia se borran estas relaciones. Rogers Brubaker, *Ciudadanía y nacionalidad en Francia y Alemania*, Harvard University Press, 1994.

los países de estudio a Colombia; para ese trabajo es de gran interés examinar las redes y relaciones de tipo comercial o económico establecidas por los migrantes entre este país y el país del norte.

LOS COLOMBIANOS EN ESTADOS UNIDOS: CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN MIGRANTE

Más de 31 millones de hispanos establecidos en los Estados Unidos se proyectan para ser, en el año 2005, la minoría más grande de Estados Unidos, sobre pasando a los afroamericanos²⁶. Dentro de la población hispana, la colombiana ha aumentado en grandes proporciones particularmente desde la década de los ochenta.

Según el Departamento de Justicia de los Estados Unidos, entre 1971 y 1980 se presentó un incremento del 10% de los colombianos legales, en tanto que tan sólo entre 1985 y 1990 aumentó al 55%, sin contar los que entraron ilegalmente. Tal porcentaje se disparó aún más en lo que va corrido de la década de los noventa.

Desde la década de los cuarenta, los lugares de destino de los migrantes colombianos en los Estados Unidos son muy diversos, comparativamente con otras colonias, pero principalmente han sido las ciudades de Nueva York y Miami²⁷. El Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos revela que los colombianos establecidos en los estados de Nueva York y Florida constituyen más de la mitad de los colombianos que han migrado a los Estados Unidos. En 1990, dos de cada tres colombianos residían en sólo tres estados: Nueva York, Florida y Nueva Jersey. Es muy probable que esta distribución se haya mantenido en lo que va corrido de los años noventa²⁸.

Después de los cubanos, los colombianos constituyen la segunda comunidad hispana más grande en el área de Miami²⁹. Es tal la cantidad de colombianos en esta ciudad, que una migrante, ante la pregunta de si no extrañaba mucho a su país, respondió: "No, Miami es la mejor ciudad de Colombia".

Actualmente, en relación con la población de otras colonias latinas, el colombiano se distingue por tener un nivel educativo y cultural más alto. De acuerdo con el último censo realizado en Estados Unidos (1990), el 61% de los colombianos tenía diploma de bachillerato. Así mismo, después de la población blanca, y en comparación con las poblaciones latina y negra, los colombianos son el segundo grupo que se inscribe en instituciones universitarias³⁰.

LA ECONOMÍA

Desde el punto de vista económico, el colombiano establecido en los Estados Unidos tiene hoy día unas condiciones ventajosas compa-

rativamente con la mayoría de latinoamericanos. A excepción de los cubanos, los colombianos tienen la más baja tasa de desempleo entre los inmigrantes. El ingreso per cápita anual es de US\$13.538; se encuentra por encima de todos los migrantes, menos de los cubanos, y casi duplica cada una de las cifras que arrojan los migrantes mexicanos y los puertorriqueños. Según un migrante que se fue a Nueva York a probar suerte desde joven, "el colombiano ha sido muy apetecido por trabajador. Cuando llegué me acuerdo que teníamos fama de producir casi el triple que los demás latinos. Yo alcancé a trabajar hasta 18 horas diarias. Entonces, al colombiano recién llegado lo reciben fácilmente, pero al que ya está establecido lo rechazan porque coge muchas mañas".

El ingreso familiar medio de los colombianos inmigrados oscila entre US\$25.000 y US\$30.000 anuales, cifras no despreciables, pues se trata del más alto entre los latinos. En los Estados Unidos el ingreso medio familiar se encuentra entre los US\$25.000 y los US\$40.000 anuales. La mayoría de colombianos inmigrados hace parte de la clase media de los Estados Unidos³¹.

En muchos países el papel del migrante es fundamental a través de los giros y remesas que envía a su familia, es decir al país de origen. La emisión de dinero llega a ser de grandes dimensiones, al punto que en países como El Salvador los giros y remesas constituyen el sector más productivo de la economía³². Una encuesta realizada en 1997³³ a 536 colombianos en Nueva York y Nueva Jersey revela que el 79,7% de la población encuestada envía dinero al país. Los últimos registros señalan que las familias en Colombia reciben un poco más de US\$1.000 millones al año³⁴. Este ingreso equivale al que reciben anualmente los exportadores nacionales de flores. Un entrevistado proveniente de Dos Quebradas, barrio populoso de Pereira, lo afirmó de manera rotunda: "Ese familiar allá es un apoyo el berraco". Otro adujo en el mismo sentido que "si me hubiera quedado en Colombia no hubiera hecho el 10% de lo que hice". Uno más dijo que "lo máximo que uno podía hacer en Colombia era tener conexiones". "Las amigas que dejé allá (en Estados Unidos), todas tienen carro, viven solas, ninguna estudia, y yo les digo que no tengo carro, vivo con mis papás y estudio, y para ellas soy la fracasada", afirma otra entrevistada.

Un hombre que vivió diez años en Estados Unidos, comenta con toda la energía y el empuje característicos de los *países*, que "uno allá sí trabaja. Yo hice más de 100 horas semanales, y haciendo trabajo duro, pesado en una fábrica". Su caso es similar al de otro que trabaja como obrero desde hace diez años: "Uno llega de trabajar al

²⁶ Carmen Alicia Fernández, *The new Hispanic power in the US*, *The Wall Street Journal*, July 1999.

²⁷ Véase, *Diversifying the New York Area Hispanic Mosaic: Colombian and Dominican Leaders' Assessments of Community Public Policy Needs*, The Tomas Rivera Policy Institute y Naleo Educational Fund, 1997, pág. 3.

²⁸ Luis Guarnizo et al., *Migración colombiana...*, op. cit.

²⁹ Diario *El Espectador*, Bogotá: abril 25 de 1999, pág. 3B.

³⁰ Amparo Hofmann, Zuleyma Escala, *La comunidad colombiana en Nueva York y New Jersey. ¿Quiénes somos y hacia dónde vamos?*, en Robert F. Wagner Graduate School of Public Service, New York University, noviembre de 1997.

³¹ Luis E. Guarnizo y Arturo I. Sánchez, op. cit.

³² Luis Guarnizo, conferencia sobre los migrantes colombianos en Estados Unidos, DNP, Bogotá, noviembre de 1997.

³³ Amparo Hofmann y Zuleyma Escala, op. cit.

³⁴ Diario *El Espectador*, Bogotá: 15 de agosto de 1999, pág. 3B.

cuartico que rentó y espera es a que amanezca para volver al trabajo. La gente se impresiona de ver al colombiano cómo le toca de duro".

Según las últimas cifras, a la economía estadounidense contribuyen todos los inmigrantes hispanos y no hispanos con US\$10.000 millones cada año.³⁵

Igualmente, no hay que desconocer que el país de expulsión pierde capital humano. Según Ulpiano Ayala, investigador de Fedesarrollo, el país pierde 7.420 millones, cuando una familia —donde hay un profesional— se va de Colombia. La cifra resulta de lo que se habría producido durante 30 años. Si es una pareja de profesionales, el cálculo se duplicaría³⁶.

Mientras tanto, a lo largo de las entrevistas se corrobora, como denominador común, que cuando los colombianos se disponen a conseguir trabajo en Estados Unidos, se enfrentan a una realidad bastante divergente de la imaginada: realizan trabajos inferiores o muy inferiores a su nivel de calificación. La gran mayoría de colombianos se desempeña frecuentemente en el área de servicios. "Al cambiar de país, hemos tenido que cambiar de profesión. Aquellos que quieren mantenerse en su profesión, se enfrentan a un problema", sostienen líderes de comunidades colombianas en Nueva York³⁷. Un entrevistado que vivió el secuestro de su padre, su tío y el suyo, dice que "después de haber sido gerente creativo de la empresa de la que soy socio en Colombia, llegué a Estados Unidos a trabajar como obrero, pintando una pared. Empecé limpiando las brochitas que mi jefe usaba".

LA VIDA SOCIAL

Desde una perspectiva social, la migración se constituye en una válvula de escape de las presiones y los inconformismos que se viven en el país de origen, en gran medida por una cada vez mayor desatención del Estado en relación con la satisfacción de las necesidades básicas. Una entrevistada sostenía al respecto que "ese es el real socialismo: puedes hacer lo que quieras". Un hombre, de origen campesino, quien vivió diez años trabajando como obrero no calificado en Estados Unidos y hoy día es propietario de un almacén de víveres en Belén de Umbría, dijo al respecto que si no hubiera emigrado, "estaría boleando azadón". Alguien más que trabaja como mesero en una pizzería de Nueva York, asegura que de no haber emigrado, "hoy día sería otro sicario más de Medellín". Para una ingeniera agrónoma de 48 años, "padecer la situación de desbarajuste social, las amenazas, la crisis económica, el desplazamiento forzoso —tuve que abandonar mi finca por amenazas de la guerrilla—, me producen dolor de país, un dolor que me invade hasta el alma". Por esa razón, Mireya tuvo que abandonar el país y se estableció en la Florida.

Otro aspecto relevante es que dentro de un contexto social como el colombiano, tener pasaporte se convierte en un agenciador de tranquilidad; tener visa para los Estados Unidos genera cierto orgullo, y ser residente o ciudadano norteamericano otorga estatus, pero también seguridad frente a un país en constante conflicto. Todo ello se constituye en un factor de reconocimiento social y un seguro en caso de emergencia.

Salir del país también es cambiar de óptica a la hora de ver y de sentir a Colombia. Es observar desde afuera, desde la otra orilla de los acontecimientos. Esa es una experiencia que enriquece la defensa de una identidad y a la vez concientiza sobre una realidad evidente. Para un entrevistado fue un redescubrimiento de su propio país, pues "allá se da uno cuenta que Colombia es un país terriblemente clasista, jerarquizado, tanto que dice uno: 'Mierda, en qué país he vivido!' Además, con toda esa experiencia de los años ochenta, de intolerancia, donde estaban matando a todo el mundo, uno se da cuenta que el país es terriblemente antidemocrático cultural, social y políticamente".

A pesar de que en el área metropolitana de Nueva York en la actualidad hay 36 organizaciones cívicas colombianas, sin contar las existentes en otras ciudades de los Estados Unidos, y pese a que ser miembro de una iglesia es el tipo de organización del cual más forman parte los colombianos (el 63,8%)³⁸, en general el conocimiento de comunidades u organizaciones cívicas, culturales, políticas, sociales y comerciales de inmigrados colombianos es muy bajo³⁹. Esta situación se debe a la falta de cohesión entre los connacionales, comparativamente con naturales de otros países, y es generada principalmente por factores como las diferencias de clase, de región y de raza, sumadas a la desconfianza mutua, esta última en gran parte producto del narcotráfico y del estigma que representa en ese sentido ser colombiano.

LA POLÍTICA

La vida política del colombiano migrante es casi nula en relación con Colombia, contrariamente a numerosos migrantes de distintos países, no sólo de América Latina, quienes viven un proceso de exaltación de su nacionalismo, en buena medida provocado cuando se enfrentan a una sociedad hostil, llegando incluso a promover procesos políticos desde afuera, desde el país de origen. Los emigrantes haitianos, por ejemplo, se organizaron desde los Estados Unidos para solicitar el regreso de Jean Bertrand Aristide a la presidencia de su país. En esa medida, los migrantes participan en la vida política de su país de origen. Cabe destacar aquí el llamado que hacen los emigrantes desde el exterior para ser reconocidos dentro del proyecto nacional de su país.

³⁵ Diario *La República*, Bogotá: septiembre 13 de 1998, pág. 6.

³⁶ Diario *El Tiempo*, abril 25 de 1999, pág. 10 A.

³⁷ *Ibid*, pág. 22.

³⁸ Americas Newest Voices: Colombians, Dominicans, Salvadorans and Guatemalans in the US Examining their Public Policy Needs, Naleo-Tomas Rivera Institute, CA, TX, 1998.

³⁹ Sobre dichas organizaciones, véase *Diversifying the New York Area Hispanic Mosaic...*, op. cit.

En el caso colombiano, la situación es bien distinta. La política colombiana al parecer no se constituye en una preocupación de primer orden para los emigrantes, y esa actitud se refleja en el bajísimo interés por participar en política y en el acto de votar. Quienes votan, usualmente lo hacen para las elecciones de los Estados Unidos, mas no de Colombia.

Las cada vez más cerradas políticas de inmigración de los Estados Unidos hacia los latinos y la imagen de Colombia en el exterior —representada por la cocaína— hacen cada día más difícil la consecución de la visa y, por supuesto, de la residencia. En busca de un mejor futuro, una pareja partió hacia Estados Unidos hace 24 años. Vivieron ilegalmente durante 14 años y ella confiesa que “eso no se lo deseó a nadie, pues la sensación de incertidumbre era tal que aún hoy, diez años después, cuando timbran en mi casa, tengo la sensación de que me están buscando”.

La actual legislación sobre inmigración se fundamenta en la Ley de inmigración aprobada en septiembre de 1996 por el Congreso de los Estados Unidos. Se trata de un conjunto de drásticas medidas conservadoras contra nuevos migrantes. Establece un refuerzo del patrullaje fronterizo, la verificación del estado legal migratorio de los migrantes empleados, la expansión de restricciones contra el acceso a servicios sociales por parte de inmigrantes legales. A los inmigrantes residentes les es negado el acceso a tarjetas de alimentación (*Food Stamps*) y al seguro de ingreso suplementario (*Supplemental Security Income*). También se restringe el servicio médico para el tratamiento del SIDA y otras enfermedades. Así mismo, los inmigrantes que desean solicitar la inmigración de familiares deben comprobar que su ingreso es superior en un 125% sobre de la línea de pobreza. En la actualidad, por lo menos un tercio de la población inmigrante en ese país no reúne este requisito. Según la cónsul de Prensa y Comunicaciones del Consulado de Colombia en Nueva York, la situación es tan difícil, particularmente para los inmigrantes ilegales, que prácticamente “sacar los papeles cuesta sangre”.

A lo largo de la investigación se observó cómo la naturalización se utiliza como mecanismo para acceder a nuevos derechos o defender los que ya se tienen. “La reforma al sistema de asistencia pública (*Welfare*) y la nueva ley de inmigración, dos políticas anti-inmigrantes aprobadas en 1996, han seguido incentivando cada vez más a los colombianos a convertirse en ciudadanos de esta nación como mecanismo para defender sus derechos”⁴⁰.

En efecto, la discriminación es el problema que más debe enfrentar el colombiano americano (29,2%) en una lista de doce factores, entre los cuales se cuentan también el problema de idioma (14,3%), la criminalidad (13,8%), el estatus de inmigrante (10,6%), entre otros.

LA “COLOMBIANIDAD”

CARACTERÍSTICAS IDIOSINCRÁTICAS

Son muchas las características que se le adjudican al colombiano pero, básicamente, las que resultaron reiterativas tanto a lo largo del trabajo de campo como en la investigación bibliográfica —los estudios, los informes sobre las encuestas, los recortes de prensa— son el empuje, la recursividad, la impredecibilidad, la chispa, la malicia, el rebusque, la hospitalidad y la capacidad para salir adelante. Se trata de características que prefiguran una “colombianidad”, es decir, una identidad que nos diferencia entre la población latina en general. Para un entrevistado, “el colombiano en el exterior se caracteriza por ser dicharachero, *echao pa’ lante* y rebuscador. Eso es lo que lo identifica”. De hecho, él en su profesión de vendedor, develaba dichas características:

En mi trabajo a mí me iba muy bien, me ganaba concursos de ventas como carros, viajes de placer en yate, almuerzos, es decir, modestia aparte, les daba sopa y seco a los gringos cuando eran concursos de ventas, porque tenía mi malicia indígena: mientras él hacía todo al pie de la letra como dice el libro, yo no me ponía con tantas tonterías sino que buscaba los atajos. Si tenía que seguir ciertas rutinas, yo me pasaba eso por la faja. Sabía que aquel fulano estaba para darle esta promoción e iba, y no seguía la ruta que debía seguir, y me inventaba los informes, y vendía diez veces más que si hubiera hecho lo que hacían los demás. Negociábamos los pedidos con el cliente y él me decía que le mandara un camionado de mercancía, yo me subía en mi carro, hacía el pedido y hacía la firma por el cliente y lo mandaba por el correo. Yo lo hacía intencionalmente, aunque me vieran, para dármelas de que sí se podía sin estar detrás del cliente y esperar a que el cliente lo atendiera. Como verbalmente me había autorizado, pues no había ningún problema. Yo no les decía los trucos que hacía porque muchas veces yo salía de mi casa a las 10 de la mañana a buscar clientes, otras veces levantaba toldo a las 3 de la tarde, a veces iba a trabajar en el computador a hacer trabajo de oficina, se trabajaba a veces mucho, a veces poco, mamaba uno gallo, el tiempo que trabajaba de las 8 horas era el 70%, porque ya quedaba sobrado de lote. Cuando uno da el 100% ya no deja margen para echar más. Así, si viene el jefe y te empuja, tú puedes dar un 5% más.

Según otro entrevistado, “el gringo le tiene miedo al colombiano porque es muy vivo, enreda muy fácil las cosas... Somos más avispaítos. Cuando yo llegué comencé de barrendero en una fábrica, después me preguntaron que si sabía manejar camión. Yo no tenía ni idea y contesté: ‘¿No ve que yo manejaba tractomula en Colombia?’. Si usted no sabe, pregúntele al que más sabe: ‘Oiga, es que no estoy muy enterado, déme una pistica, sí?’. Uno tiene que aprender a hacer de todo para sobrevivir”.

Comentarios como éstos delinean una inteligencia dirigida sobre el inmediatismo y la oportunidad sin tener en cuenta en muchas ocasiones una visión de futuro, que afecta la

⁴⁰ Arturo Ignacio Sánchez,
Los colombianos en N.Y. rumbo al siglo XXI, 1998.

planificación, la responsabilidad, la organización en el trabajo e, incluso, la honestidad. Sin embargo, desde la otra cara de la moneda se observa cómo la decisión de enfrentarse a situaciones nuevas, por difíciles que parezcan, desarrolla y fortalece capacidades y talentos que quizás se desconocían, lo cual genera mayor capacidad de maniobra en la vida en general y amplía la visión del mundo.

Una joven que vivió desde muy niña en Estados Unidos y hoy día estudia Derecho en la Universidad del Rosario, opina que "hay otra cosa que distingue al colombiano y en general al latino: es muy prevenido, siempre piensa que lo están robando, cree que todos lo van a estafar, porque está acostumbrado a eso. Y donde puede, lo roba a uno". La deshonestidad es quizás el defecto que con mayor frecuencia se registra cuando los entrevistados se referían a su coterráneos. La deshonestidad es considerada como producto de la desconfianza entre los nacionales y es una de las razones que induce al resquebrajamiento del tejido social entre colombianos al punto que la confianza no traspasa las fronteras familiares.

De otro lado, la identificación de clase resulta ser definitiva a la hora de entablar una relación con otro colombiano. Un político, funcionario de la Misión de Colombia ante las Naciones Unidas, evidenció textualmente la lejanía entre los funcionarios de dicho organismo y la comunidad colombiana en Estados Unidos al catalogarla con un gesto despectivo como "la colombianada". Las marcadas diferencias de clase registradas dentro de la sociedad colombiana se reproducen fácilmente cuando, a pesar de hallarse en otra sociedad, el colombiano se encuentra con sus coterráneos.

Por su parte, la identificación regional se produce fácilmente sobre todo entre los migrantes provenientes de regiones distintas a Bogotá, y, al parecer, en muchos casos las identidades de clase y región parecerían más fuertes que la misma identidad nacional. Un profesor universitario en Estados Unidos comentaba que cuando ha trabajado con colombianos ha observado que "el colombiano, especialmente el bogotano, conserva más las distancias que otros latinoamericanos y, en ese sentido, quiere siempre mantener su nivel, no ser rebajado. Le interesa conservar su estatus".

En este punto cabe llamar la atención sobre la paradójica forma de construir comunidad por parte de la colonia colombiana: mientras el colombiano en su mayoría construye lazos muy sólidos de familia, los vínculos de clase y de raza se constituyen en un factor secundario y los lazos de identidad nacionales son casi nulos. El tejido social sufre allí una ruptura muy abrupta. Es el caso de una barranquillera que lleva 17 años en Nueva York y trabaja en el Consulado como asis-

tente de la jefe de prensa. Para ella los bogotanos son los más desconectados de la realidad colombiana. "A los bogotanos hábleles de país, de música, de comida típica... ellos no tienen idea de país", declara. En contraste con lo anterior, lo siguiente ilustrará al lector sobre el poder que tiene la familia en la sociedad colombiana.

LA FAMILIA

Sin duda alguna, uno de los aspectos que a lo largo del trabajo de campo resultó más reiterativo en términos de característica intrínseca del colombiano, y del latino en general, es su concepto de familia. La familia entendida como la base, asociada al afecto, la solidaridad, la compañía, el apoyo, la alegría... en fin, una necesidad. A ella es a la que se alude cuando se habla de aquello que más se extraña. Un colombiano que regresó al país opina que "allá tú te quedas sin trabajo y nadie te va a decir: 'Venga que aquí quedó un platico de sopa'. No. En Estados Unidos cada uno está en su cuenta y arrástrase con sus niños como pueda, defiéndase como pueda, no es como aquí que se les recuestan a los abuelos, a los papás y 'venga mija, si no puedes pagar el arriendo, aquí hay un campito, ésta es su casa'. Otro entrevistado explica que "algo que distingue al colombiano de otros latinos, como el centroamericano, es ser más unido a su familia, a su tierra. La mayoría de colombianos que yo conozco quiere devolverse. Si usted habla con 10 colombianos, 7 se quieren devolver, mientras el centroamericano prefiere quedarse allá".

Es tal el poder que detenta la familia en Colombia que muy difícilmente dicho lazo se desata en la distancia. La razón se debe en gran medida a que los vínculos familiares se han construido sobre una base de dependencia emocional que no permite que sus miembros se desarrolle de forma independiente y autónoma. Ello, sumado al hecho de que la mujer, en especial la madre, desarrolla un rol decisivo en esa no-ruptura del cordón umbilical con los hijos, al punto que ella misma abandona su condición de mujer y de esposa para apropiarse del papel maternal en el sentido de protección. Así, las decisiones laborales, las relaciones afectivas, los proyectos de vida quedan sujetos al dictamen familiar y no a las necesidades del individuo.

EL DESAFÍO PERMANENTE

La cultura del caos en el sentido del "no se puede", del "venga mañana" se ha interiorizado profundamente y aflora con notable frecuencia entre los entrevistados. Tal actitud permite, de una manera muy formadora, desafiar permanentemente la realidad enfrentando las dificultades. En efecto, uno de ellos argumenta que como "el norteamericano desde muy joven lo tiene todo, entonces

ya como

ya como que no hay metas en la vida. Mientras nosotros nos dedicamos toda una vida a conseguir algo". Otro, a su vez, sostiene que se devolvió de Estados Unidos ante el pánico que le produce una vida monótona como la que solía tener allá:

Si me hubiera quedado en Estados Unidos, me imagino con mi maletín visitando a mis mayoristas y a mis clientes, que ya los conoce uno al derecho y al revés, las promociones de la compañía... y vuelve y se repite, es decir, una vida monótona. Yo le tenía terror a llegar a los 65 años haciendo lo mismo. Me sentía desperdiaciado y esa era una de las razones por las cuales me quería venir. Le tenía terror a una vida monótona. Sí, por más de que tuviera que ir todos los meses a Las Vegas, carro de la compañía, todo pago, beneficios extralegales, seguro médico, todo lo que tú quieras, y trabajar con corbata muy sabroso, pero en el fondo eso era vacío, era como un cascarón, una fachada. Para muchos gringos eso es una machera de trabajo, pero a mí me gustan más los desafíos. Y aquí los tengo, sí, todos los días tengo que evitar dejarme vacunar de los trampagos, todo el mundo sabe por donde lo roba a uno, entonces tengo que estar más alerta.

"¡Qué tal un colombiano varado en alguna parte! ¿Dónde se ha visto?", exclama alguien con orgullo, mientras recuerda todos los oficios que realizó en diferentes países además de Estados Unidos —Holanda, España, Bélgica, Brasil, Suiza—: desde mesero hasta bailarín de un club nocturno. Otra persona sostiene que "... al colombiano lo identifica esa capacidad para sobrevivir... el colombiano es de esos que afronta las cosas más difíciles; al colombiano lo ve uno desplazado por la violencia, por la pobreza... y sobrevive, y como que nunca se rinde. Pienso que esa es la principal característica".

El desafío permanente marca la oportunidad para promover la creatividad, lo cual se traduce en el desarrollo de la inteligencia, en el sentido de la capacidad para asumir los retos y salir adelante con valor y entereza.

Una característica escasa entre quienes emigraron, pero común entre quienes han decidido volver al país, es la posibilidad de asumir la "colombianidad" con responsabilidad, imprimiéndole un carácter patriótico. Una joven concluye:

No, definitivamente no me voy de Colombia. Estoy estudiando derecho acá, precisamente por la situación en la que estamos, porque es muy fácil irse y dejar el país así; pero yo considero que es una responsabilidad. Por eso mismo quiero quedarme, porque hace falta gente que le importe, que quiera cambiar las cosas. Yo respeto a las personas que se quieran ir y no las juzgo. Pero pienso que aunque una muerte es algo estremecedor, sea donde sea, me importa más una muerte acá que una allá. Creo que es como un deber que uno tiene con su país.

Testimonios como éste se sustentan en una visión de país muy ligada a la concepción de territorialidad y de consanguinidad que se asocian con el afecto a la patria, emulan-

do de alguna manera las gestas libertadoras de la historia.

RETAR LA NORMATIVIDAD

Desde el punto de vista de los comportamientos idiosincráticos, en el caso colombiano es importante resaltar que los deberes se viven más como una imposición social que como un auténtico incentivo interior⁴¹.

...El colombiano no asume de frente sus deberes sino que los ve como algo impuesto: como lo que 'le toca', casi como un castigo. Mientras que en los países modernos, desde la Reforma, el 'ascetismo intramundano' de que hablara Max Weber internalizó el sentido de lo normativo, creó el sentimiento del deber, lo que se refleja en el comportamiento ciudadano...⁴²

A pesar de que la visión que expresa Jaramillo tiene un sesgo eurocentrónico, cabe resaltar su argumentación:

Sucede que esta interiorización fue concebida en los países de mayor desarrollo industrial por altos motivos éticos o sociales; el protestantismo, con su concepción moral del deber, y las revoluciones con su destinación a una vida mejor, a la fraternidad y al progreso, consiguieron llevar al espíritu humano un sentido del trabajo y del deber vinculado a razones de orden trascendente que nosotros no hemos encontrado aún para aceptar nuestras obligaciones: carecemos de un auténtico incentivo interior.

Esta carencia es expresada por algunos entrevistados muy claramente:

Lo que más añoraba de Colombia era el despelote, es lo más curioso... poder pasarme el semáforo en rojo porque se me dio la gana y qué importa, estoy de afán, y si quiero andar a 100 ando a 100 y nadie me dice que no debo andar a 100. La de uno es como una rebeldía a todas esas cosas. Sí, es una rebeldía que uno lleva por dentro.

"Tantas normas para todo me ponen en choque, me desesperan".

En ese marco, se hace real en los Estados Unidos la vivencia de un verdadero panoptismo descentralizado. Y en esa medida, es una norma castigar a quien infrinja la norma. En términos de organización del sistema, vale la pena traer a colación la afirmación de Schelling en el sentido de que "uno de los rasgos de muchas reglas es que, buenas o malas, resultan mejor que no tener ninguna"⁴³.

EL ETERNO DILEMA

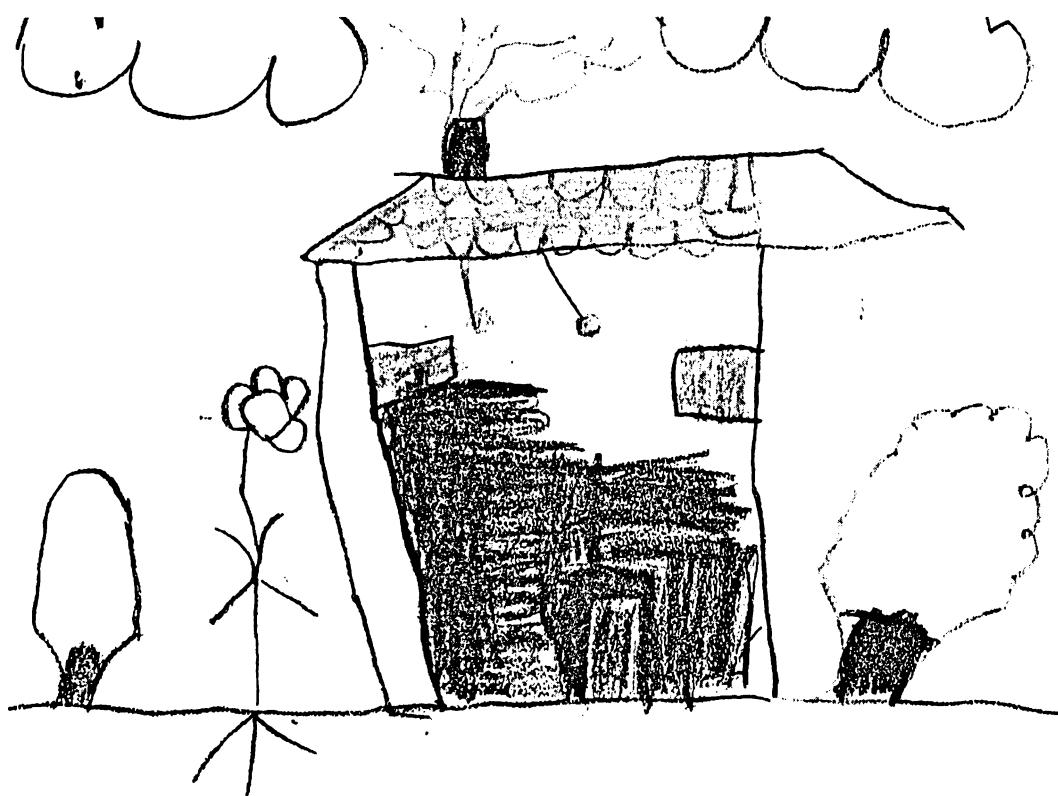
A medida que pasa el tiempo, el migrante se enfrenta cada vez más a un dilema: no logra definir de dónde es, a dónde pertenece, dónde están sus raíces; ese es el histórico y eterno dilema del migrante. De hecho, quienes más lo advirtieron fueron los entrevistados que han vivido más de cinco años fuera del país.

Después de 24 años en la Florida, una mujer concluye que "llega un momento en que uno

⁴¹ "Lo importante para la Iglesia era hacer buenos católicos, y eso no coincide necesariamente con hacer buenos ciudadanos", Francisco de Roux, *El precio de la paz en el vacío ético y social*, en *Revista de la Universidad de Antioquia* núm. 210, octubre-diciembre, 1987, pág. 12, citado por Rubén Jaramillo, *Moralidad y modernidad en Colombia*, en *Transición, convivencia y sostenibilidad*, Documento núm. 3, Misión Rural, IICA, 1998.

⁴² Ibid, pág. 52

⁴³ T. Schelling, *Micromotives and Macrobbehavior*, Norton and Co., New York, 1978, pág. 114.



se confunde, yo no sé a dónde pertenezco: tengo mis cosas en Estados Unidos y la familia en Colombia". Y un hombre también expresa esa confusión que no logra discernir: "Después de 25 años yo ya no sé si soy colombiano o americano, pero siento a los dos muy dentro de mí".

El eterno dilema del migrante es un reflejo de la fusión de las fronteras territoriales, culturales y afectivas que el hombre suele construir para separar, diferenciar y darle un nombre a cada pieza de la realidad que lo rodea. Sin embargo, ese estado límbico en que se halla el migrante de largo tiempo es un indicio de que dichas fronteras no eran tan sólidas. En otras palabras, la visión conceptual que se tiene del mundo dista de la real o, para expresarlo en imágenes: las líneas punteadas que dividen los mapas no se ven desde la ventanilla de un avión.

Otra persona lo corrobora al afirmar que "uno se puede despegar de cierta manera de ser, cierto lenguaje, cierta experiencia vital, no estar ligado a todo lo que pasa en este país. En otro lado uno encuentra también afecto, solidaridad, amigos en todas partes. Pero el hecho de haberse despegado tanto de ciertas cosas le da a uno un sentimiento de nostalgia. No tanto por esas cosas pasadas sino porque no ha logrado crear otras tan fuertes".

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Es preciso llamar la atención sobre un aspecto recurrente a lo largo de las entrevistas y que resulta clave en el análisis de la identi-

dad. Se trata de la fuerza de la costumbre, que cobra un valor inusitado cuando se examina la identidad nacional. Prácticamente todos los entrevistados en algún momento aludieron a ella. La costumbre evidencia que existe una identidad. Es decir, la identidad está compuesta no sólo por un imaginario, una representación de país, unos símbolos patrios, unos personajes ilustres, una historia común, sino que se consolida principalmente a través de las prácticas cotidianas. Las prácticas repetitivas hacen la costumbre y ésta adquiere un contenido rico en identidad.

Así, la fuerza de la costumbre genera un apego, una memoria que se reafirma cada día. Las vivencias más cotidianas, es decir, lo aparentemente banal, nimio, insignificante, esas "pequeñas cosas" que se realizan todos los días, dejan una impronta, más aún si se realizan desde la época de infancia. De todo lo anterior se colige que la experiencia de estar fuera de esa cotidianidad siendo migrante, crea una conciencia de país que, posiblemente, de otra manera no se logra tener. "Al estar viviendo en Estados Unidos, a uno la tierra lo hala. Es que curiosamente a uno le gusta meterse aquí al trancón, a la tramitomanía, a las costumbres nuestras. Esos sentimientos que te halan están muy relacionados con las costumbres, con las amistades. Uno se puede amoldar en Estados Unidos... pero no es lo mismo", admite alguien. Y otra entrevistada complementa aduciendo que "hay mucho de costumbre en el hecho de ser colombiano... pero eso creo que es hasta genético. Es como si lo llevara uno en la sangre. Uno nunca dejará de ser colombiano por más lejos que se vaya"

vaya". A pesar de las diferencias culturales, muchos piensan así, en el sentido de que:

De todos modos uno es colombiano y eso no se le quita. Yo creo que ser colombiano lo afecta a uno en cada cosa. Recuerdo que cuando recién nos fuimos yo no me consideraba católica acá en Colombia porque nunca voy a misa, pero cuando llegué allá y tuve amigos protestantes, budistas, musulmanes, yo me di cuenta de que sí era católica. No porque yo no fuera a misa o no estuviera de acuerdo con algunas cosas no era católica, sino que la religión influye tanto en la cultura que muchas cosas muy importantes... lo que uno piensa de la muerte, los principios morales... tienen que ver con la religión. Como el matrimonio para siempre, como Dios, que uno se va al cielo, que los ángeles. Es que uno recibe muchas influencias de la cultura, como la religión. Y ni siquiera en mi casa son católicos practicantes, sino que es el ambiente en el que crecí, el colegio, la gente, la comida... la cultura.

Otra mujer, a su vez, no escatima en señalar todo aquello que la hace sentir colombiana a pesar de los años y la distancia:

Siento un afecto y un apego a los valores familiares, porque ahí encuentro una cohesión con Colombia. En mi casa todavía se almidonan la ropa, se seca al sol, se plancha, se sirve el chocolate batido con molinillo... todo eso me remite a mi niñez, a ver las sábanas al viento, el olor del dulce de guayabas... Lo hago para no sentirme extraña, para sentir mis raíces. Es una manera de conservar mis recuerdos de Colombia, para no sentirme tan extranjera, tan lejana de mi tierra. Todos esas costumbres me hacen sentir bien... el pan hecho en el horno de leña, los huevos pericos hechos en cacerola...

LA IDENTIDAD: MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN

A lo largo de las entrevistas se solía llegar siempre a un mismo punto modular y era aquel en el que los entrevistados recurrián tarde o temprano al plano afectivo para expresar su relación con el país, su identidad colombiana, su "colombianidad". Las palabras usualmente no alcanzaban a expresar el sentir de cada uno de los individuos, dando lugar a un silencio, una mirada, un gesto que, en cambio, lo comunicaban todo. No obstante lo anterior, los testimonios aquí citados permiten tener un aproximación a ese momento.

Siempre tuvimos el temor de ser maltratados, porque sabes que nadie te va a tender la mano por ser extranjera. Es ese secreto temor de faltar a algo y ser castigados, llevados a un calabozo. Porque en un país extranjero uno nunca será tratado como los nacionales. Ellos tienen preeminencia. En la práctica, los derechos no son los mismos. Y además, el dinero condiciona para que uno sea un ciudadano de primera o, en su defecto, de tercera categoría. De lo que te hablo es de ese sentimiento de indefensión

Nueva York es una ciudad hermosa y la gente se respeta, pero sentí que cada día consumía más y producía menos cosas que tenían sentido para mí. Además me di cuenta que aunque la existencia de un mercado posibilita que cada cual desarrolle sus talentos, al mismo tiempo convierte todo en una

mercancía. Aquí [en Colombia] lo bello es bello por sí mismo⁴⁴.

Otro más asegura que "los que se van de Colombia siempre se aburren, y la vida en Colombia puede ser cualquier cosa menos aburrida"⁴⁵. En el mismo sentido, otro colombiano dice que "para ellos [los norteamericanos] el verano es una fiesta, entonces, qué bueno vivir en fiesta todo el año".

Algunos son tajantes en afirmar que "en Estados Unidos no tienen cultura sino tecnología", que "en Estados Unidos no hay tiempo para el afecto", que "en Estados Unidos todo es desecharable, hasta las relaciones humanas", o que "uno se metaliza desde que llega a ese país".

Según una entrevistada, la identidad como colombiana es

...ese sentido de igualdad, en el sentido de que yo contigo puedo compartir muchas cosas y podemos crear una amistad y nos entendemos, pero un norteamericano no me va a entender a mí como me entiende mi vecino de al lado. El concepto que tengo de familia, un gringo no lo entiende. Y hay cosas de ellos que quizás yo nunca voy a entender y de pronto ni me interesa entenderlas. Porque son culturas muy diferentes. La cultura a uno lo amarra y lo ata; yo creo que es como un sentimiento de pertenencia a un grupo. Por más inglés que hablara y por más rubia que hubiera sido, nunca iba a ser gringa. Algo me ata a Colombia y por tanto yo debo ser colombiana; qué más puedo ser. Es como un sentimiento. Y hay gente que no lo tiene. Uno allá escucha colombianos que llevan más de 50 años en Estados Unidos y nunca volvieron y ni más de Colombia. Acá no vuelven ni locos, les espanta esto.

No obstante, para algunos la conflictividad colombiana es un factor positivo: "Me ayuda mucho entender que parte de la situación es signo de una vitalidad enorme de la sociedad colombiana"⁴⁶.

La siguiente declaración muestra de manera muy emotiva las características más significativas de ser colombiano:

Emocionalmente, cada vez que vengo, me voy como dulcificada... ¡es tanto el cariño que siento! Es que aquí lo atienden a uno en cualquier almacén u oficina con cariño... con diminutivos. El señor de la farmacia que le va a poner a uno una inyección, dice: "-A ver, sumérce, hágase aquí acostadita". Es ese calor humano, es la facilidad para la risa, para el chiste, la picardía... eso no lo maneja uno en otro país. Son tantas sutilezas del idioma y de la cultura, que si no eres nacido ahí, se te escapan. Y cómo una palabra puede desatar la risa. Es lo invisible del idioma. En eso te sientes como pez en el agua en tu país. Son todas esas sutilezas. Eso en otro país tú no lo sientes adentro. En el extranjero te cortan la conversación para preguntarte, para entender, o adaptas tu idioma para que la gente te entienda. Para mí eso es perder mucho de mí misma. Por eso nunca cambió mi manera de hablar. Sentía que eso nadie me lo podía quitar. Para mí era algo que debía agarrar porque lo podía perder. Además, los olores de la cocina, los colores de las

⁴⁴ ¿Vale la pena irse del país?, diario *El Tiempo*, Bogotá: 25 de abril de 1999, pág. 11 A.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ *Ibid.*

plantas, el aroma de las flores, los sabores de las comidas, de la yuca, de la papa... allá no me transmiten nada. El olor del dulce de brevas, el sabor del ajiaco... son los recuerdos de toda la vida.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA “COLOMBIANIDAD”

Dentro de la identidad colombiana, dos aspectos entran a desempeñar un papel representativo: la identidad regional y la identidad de clase. En ocasiones, ellas parecen tener unas raíces más acendradas que la misma identidad colombiana, según reflexiones de los entrevistados, particularmente cuando se trata de colombianos que han vivido en regiones diferentes a la ciudad de Bogotá. Lo que sí se observa con mayor claridad es que el regionalismo, el clasismo y, en ocasiones, el racismo de los colombianos se evidencian en el extranjero. De dichas actitudes, el clasismo es la que se encuentra más presente en el trabajo de campo. No sólo hace parte de la reflexión sobre la experiencia de los migrantes con sus connacionales, sino que veladamente se cuela por entre las declaraciones, los recuerdos y los silencios de los entrevistados.

Establecer unos criterios simplemente racionales respecto a la identidad colombiana o “colombianidad” resulta riesgoso porque se puede perder la visión global del fenómeno, teniendo en cuenta que el material más importante y más rico en elementos de esta investigación etnográfica son las entrevistas, en las que los migrantes se expresan desde sus afectos, sus recuerdos, sus silencios, sus inconformismos, sus esperanzas, en fin, desde su subjetividad neta. De hecho, a partir de las respuestas de los entrevistados se deduce que la identidad nacional remite finalmente a un intangible que es el afecto. El afecto que se siente por la tierra, el paisaje, los frutos que da el suelo, los nativos de allí y su forma de concebir el mundo. En últimas es como una relación filial entre la tierra y los nacidos ahí: no es gratuita la correspondencia que existe entre los términos tierra y madre, entendidos como progenitoras o creadoras de vida. En efecto, históricamente dicha relación ha sido experimentada por todas las culturas.

De ahí que aunque ser colombiano es una producción histórica, fundamentalmente parece remitir al mundo de los afectos y las emociones. Desde esta perspectiva, se trata de un sentido de nacionalidad diferente al que se ha propuesto por distintos teóricos, como Rogers Brubaker o Allan Knight, respecto a países como Francia y Alemania, que se constituyen en dos ejemplos claros y distintos de construcción de identidad nacional.

En la tradición francesa, la nación ha sido concebida en relación con el marco ins-

titucional y territorial de un Estado. Las definiciones revolucionarias y republicanas de nacionalidad y ciudadanía —unitaria, universalista y secular— reforzaron lo que era en el *ancien régime* una concepción esencialmente política de nacionalidad. Así, la nacionalidad francesa se ha constituido por la unidad política. Se ha asumido la nacionalidad desde una concepción estado-céntrica y también *asimilacionista*, puesto que en Francia la inclusión política ha llevado una asimilación cultural de las minorías regionales y de los inmigrantes. Nación, en francés, implica organización política autónoma y no necesariamente comunidad etnocultural.

Por su parte, la idea germana de nación no fue originalmente política porque el sentimiento nacional se desarrolló antes que el Estado-nación, pero tampoco estuvo ligada a una idea abstracta de ciudadanía. Esta nación en busca de Estado fue concebida como una comunidad cultural, lingüística y racial. Desde esta perspectiva, la nacionalidad es un hecho etnocultural y no político, pues Alemania se centró en la lucha por configurar una unidad cultural.

La nacionalidad francesa es definida a partir de una comunidad territorial. La nacionalidad alemana, en sentido estricto, es una comunidad de origen, de ascendencia, de raza. Se trata de dos modelos antagonistas de concepción de la nacionalidad.

En esencia, en el primer caso, predomina esa idea de nacionalidad basada en la unidad e identidad políticas. La nacionalidad está relacionada directamente con la idea de Estado-nación, con el mundo de la política. En el segundo, la nacionalidad remite a los orígenes de la raza, a los tiempos inmemoriales; está relacionada con la cultura de un pueblo⁴⁷. Colombia no se ubica exclusivamente en una de las dos corrientes: la identidad colombiana asume elementos de ambos lados; sin embargo, predomina un tercer aspecto que es el afectivo y que llega a ser el más sólido.

Finalmente, cabe señalar un aspecto revelador en relación con la identidad. Inicialmente, quienes llegaron a Nueva York se instalaron en el distrito de Jackson Heights —hace cerca de 40 años— y los que posteriormente fueron arribando continuaron poblando esa misma área, la que desde entonces se convirtió en el barrio colombiano. Así mismo, las comunidades provenientes de las distintas ciudades y poblados de este país han venido conformando allá su propia área, su propio espacio vital: una importante migración proveniente de Bogotá se encuentra en la ciudad de Nueva York, aunque en los últimos años la llegada de bogotanos a Miami se ha incrementado considerablemente; en Patterson habita la comunidad costeña, principalmente de

⁴⁷ Rogers Brubaker, *op.cit.*

Barranquilla y Cartagena; la ciudad de New Jersey es el enclave de los paisas, muchos de ellos risaraldenses; Morristown es el sitio de los cerca de 2.500 colombianos de Montenegro, Quindío; Engelwood, Nueva Jersey, es el lugar de destino de quienes salen de Belén de Umbría, Risaralda. De alguna manera, tales actitudes denotan la necesidad de aferrarse a una identidad, a un común denominador, particularmente en situaciones difíciles, extremas o de supervivencia. Se trata de encontrar seguridad, una seguridad que se logra dentro de una colectividad con características similares, no en soledad, es decir, encontrando en los semejantes un lazo para no sentirse tan aislado, tan solo en el mundo.

Es así como la búsqueda de nuevas perspectivas de vida, el deseo de mejorar las condiciones económicas, huir de la zozobra de un país en constante conflicto es, a la vez, la búsqueda de una reconfiguración de la identidad ante la fragilidad frente a circunstancias adversas. En ese contexto, y de manera paradójica, la violencia enseña a valorar aspectos esenciales de la vida como la familia, la libertad, la creatividad y la solidaridad. De hecho, la violencia es un llamado a gritos para que sean reconsiderados aspectos de la identidad colombiana que están afectando la convivencia. Entre esos aspectos, tres juegan un papel representativo: la región, la clase y la raza. La discriminación orientada desde alguno de estos tres aspectos es expresión de la desintegración social y de la falta de compromiso de los colombianos como comunidad, puesto que tienden a ser factores disgregadores del tejido

social. Ello se puede percibir entre líneas cotidianamente en la vida nacional con la violencia política, la delincuencia común, la inseguridad, la desintegración de los sectores políticos. Por consiguiente, se puede colegir que región, clase y raza tienen unas raíces más acendradas que la misma identidad nacional.

Sin embargo, dicha búsqueda de la reconfiguración de la identidad es, en últimas, la búsqueda de una seguridad psicológica, y dicha seguridad se busca afuera, en la distancia, porque es más fácil que enfrentar una realidad que se padece. Ya en la lejanía la necesidad de conservar las costumbres familiares, el idioma, el gusto por la comida, el contacto con los sucesos más importantes de la vida nacional, resultan ser los mecanismos de conexión con la patria, el cordón umbilical que comunica con la vida que allí se ha dejado. Tales mecanismos contribuyen a crear seguridad ante la sensación de quedarse sin tierra, sin piso; por tanto, son de indudable importancia en la cotidianidad que ahora se ha asumido. En últimas, la necesidad del hombre de identificarse con el mundo exterior que lo rodea es expresión de la necesidad de sentir la seguridad que no tiene en su interior.

En un sentido más amplio, el migrante termina marcado por un destino inexorable: vivir un nuevo tiempo, pero en un sin-espacio, sin raíces y, a la vez, vivir en un nuevo espacio, un nuevo país, una nueva geografía, pero sin conocer el tiempo que durará allí establecido, es decir, en un sin-tiempo. Una nueva vida en un tiempo sin espacio y en un espacio sin tiempo π

